

---

# Solzhenitsyn

Jean Meyer

**S**iempre he sido un apasionado lector de literatura. Mis primeros recuerdos librescos son la *Iliada* y la *Odisea*, así como los *Cuentos y leyendas del mundo griego y bárbaro*, colección para niños publicada en los años veinte, los premios escolares de mi padre; una mezcla fabulosa de leyenda épica y de historia poética.

Siempre, también, he pensado que la literatura es una de las fuentes de las intuiciones primordiales y, en este sentido, la literatura rusa ha pesado en mi formación: Pushkin, Lermontov, Gogol, Turgueniev, Dostoievski, Tolstoi y todos los grandes del siglo xx ruso y soviético. Si bien le debo mucho a la literatura universal, no quiero ofrecer una lista infinita de autores que han nutrido mi experiencia fundamental como historiador... ¡Cuántas veces no exclamé con envidia y admiración “el novelista lo dice mucho mejor que todos los historiadores, empezando por mí”! Y aquí pienso en *Rescoldo*, de Antonio Estrada, libro sobre los últimos cristeros que Juan Rulfo me recomendó para entender la Cristiada.

Cierto es que hay una diferencia entre *res factae* –los hechos históricos– y *res fictae* –los hechos de la ficción, inventados–; y aquí no estoy abogando por la confusión de géneros entre historia y ficción. Sin embargo, ¿es Octavio Paz poeta, filósofo, politólogo o historiador? Y George Steiner, ¿es lingüista, crítico literario o historiador de la cultura? Las *ciencias* sociales han sido penetradas por Martín Heidegger, Wittgenstein, Gadamer, Paul Ricoeur, Jürgen Habermas, Michel Foucault y Thomas Kühn, sin olvidar al esencial Werner Heisenberg, de manera que es imposible sostener una concepción dura, positivista, de las *ciencias* sociales, que prefiero llamar *humanas*. Después de todo, Clío es una musa: una hermosa divinidad femenina, hija entre varias otras de Mnemósine, la Memoria...

Thomas Kühn exagera cuando dice que escribir un libro de historia es como escribir una novela. Luis González, por su parte, decía que no leía novelas porque la historia rebasa en imaginación a todos los novelistas. Entonces, ¿podemos concebir la historia cómo una novela verídica? Paul Veyne le hace eco cuando afirma que “los historiadores cuentan acontecimientos verdaderos que tienen al hombre como actor; la historia es una novela verdadera”. Contestación que, a primera vista, parece de poca monta.<sup>1</sup>

Entre historia y literatura los intercambios son constantes. En el siglo XIX, los novelistas fueron capaces de ganarle en profundidad a los historiadores; y cuando Alexander Isaievich Solzhenitsyn –escritor del siglo XIX en muchos aspectos– es confrontado por las tragedias del siglo XX, se encuentra en la gran tradición de Alejandro Dumas, Manuel Payno y León Tolstoi. Cuando empecé a trabajar para mi libro *Rusia y sus imperios*, no tardé en darme cuenta que los escritores rusos mencionados al principio me eran mucho más útiles que los demasiados documentos y publicaciones. Hay un *continuum* entre el arte del novelista y el del historiador: *Guerra y paz*, de Tolstoi; *Doctor Zhivago*, de Boris Pasternak; *Vida y destino*, de Vassili Grossman, y *La rueda roja*, de Solzhenitsyn, así lo demuestran.

El siglo XX ha sido demasiado cruel para los rusos y los pueblos del imperio: dos guerras mundiales, una revolución y una guerra civil al final de la primera, el Terror –primero bolchevique; luego, estaliniano–, la colectivización, la hambruna rayando el genocidio en Ucrania, Volga, Kuban, Kazajstán,<sup>2</sup> el Gulag y el horror nazi que devastó los territorios invadidos...

*Doctor Zhivago* va de 1905, la primera revolución, a la desestalinización. *Vida y destino*, por su parte, ocurre entre 1941 y 1943, alrededor de Stalingrado, a la hora de la batalla decisiva, en la Ucrania ocupada por los nazis, en Alemania, en Moscú; trata del fin del mundo –Vassili Grossman, como corresponsal de guerra del Ejército Rojo, vio todos los horrores– y no promete nada para el futuro, pero tampoco desespera totalmente porque hay unas chispas de luz en la negra noche, se mantienen relaciones de hombre a

<sup>1</sup> Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie*. París: Seuil, 1971, p.10.

<sup>2</sup> Sobre la hambruna-genocidio en Ucrania, basta con leer la novela de Vassil Barka *El príncipe amarillo*, en donde lo dijo todo, muchos años antes de que los historiadores, que no pudieron tocar el tema antes de la caída de la URSS.

hombre, desinteresadas, de bondad pura. “¿Vamos a pagar el incendio del mal con un gotero?”, pregunta Grossman, quien murió en 1960 sin ver publicada la novela que la censura soviética había “prohibido por la eternidad”, obra que aguanta la comparación con *Guerra y paz* de Tolstoi por la amplitud de las realidades que abraza. Digo “realidades”, no ficciones.<sup>3</sup> Me atrevo a decir lo mismo de la obra literaria de Solzhenitsyn, otro novelista poseído por lo real, lo mismo que Balzac.

Alexander Solzhenitsyn, hijo de Isaías, nació en 1918, estudió matemáticas y física en la universidad, tomando a la par cursos de filosofía, historia y literatura por correspondencia. De 1941 a 1945 peleó valientemente contra el agresor nazi, lo que le valió tres condecoraciones y el ascenso de soldado raso a capitán de artillería. Fue arrestado en febrero de 1945, cuando ya se encontraba con sus soldados en Prusia oriental, escenario de su futura novela *Agosto 14*. ¿Su crimen? Haber criticado al “cacique”, clave demasiado transparente de Stalin, en sus cartas al amigo, militar también, “Koka” Vitkievich (interceptadas según el método del “rastrillo”: abrir al azar). Fue condenado a ocho años de campo, pero su calidad de científico le valió ser emplazado al “Primer círculo” (del infernal Gulag), reclusorio privilegiado donde los científicos presos trabajaban para el Estado soviético. Esa experiencia le inspiró su novela autobiográfica *El primer círculo*.

Cuando en 1953 sale del Gulag, es enviado al exilio perpetuo en Asia Central; la amnistía de 1956, sin embargo, le devuelve la libertad a la hora de la desestalinización. En 1957 es rehabilitado; en 1962, su *Un día en la vida de Iván Denissovich* le vale fama inmediata tanto en la URSS como en el extranjero. Escrita durante cinco semanas de 1959, se trata del principio de la investigación que se convertiría en su obra magna, *El Archipiélago Gulag*.<sup>4</sup>

Tan pronto Nikita S. Jrushchov cae, en octubre de 1964, comienzan sus problemas con el KGB. La lucha no tarda en volverse abierta e implacable. En 1968, logra microfilmear el manuscrito del *Archipiélago* y manda el docu-

<sup>3</sup> Vassili Grossman, *Vida y destino*, por fin publicado en castellano (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2007), 37 años después de su primera edición en francés.

<sup>4</sup> *Archipiélago Gulag. Ensayo de investigación literaria (1918-1956)*, tres tomos (Barcelona: Tusquets, 2007). Traducción completa de la edición rusa, revisada, aumentada y dada como definitiva por el autor.

mento a Francia. En 1969 emprende la escritura de su viejo proyecto, *La rueda roja*, mientras que la Unión de Escritores lo expulsa de sus filas, lo que significa que no puede publicar, pierde salario, seguro social, vivienda. Los valientes amigos que lo alojan y ayudan, como la pareja Galina y Místislav Rostropovich, lo pagan de mil maneras.

En 1970 recibe el Premio Nobel de Literatura, presea obtenida años antes, en 1958, por Boris Pasternak, quien lo había recibido con alegría para luego rechazarlo, dadas las terribles presiones que sufrió y que no tardaron en llevarlo a la muerte. De igual modo, acepta el Nobel, pero no sale a recibirlo porque sabe que no le permitirán volver a su patria. En 1971 publica, en París y en ruso, *Agosto 14*, primer “nudo” de *La rueda roja*. En 1973, su fiel Elizabeth Voronianskaia, quién mecanografió el *Archipiélago*, sufre tres días continuos de interrogatorio por los agentes del KGB, con el objetivo de que revele el escondite del manuscrito. Amanece ahorcada, lo que hace que Solzhenitsyn se decida a dar la orden a su editor ruso-francés, Nikita Struve de la editorial YMCA, de publicar el primer tomo del *Archipiélago*, en diciembre de 1973. Cuarenta días después de su aparición, el KGB arresta el autor y lo deporta a Suiza a bordo de un avión. Lo despojan de su nacionalidad y el Glavlit, organismo que controla todas las actividades literarias, ordena la destrucción de la integridad de sus libros en todas las bibliotecas de la URSS.

En 1975 publica *Lenin en Zürich*, escrito en pocos meses. En 1976 abandona Suiza por el estado de Vermont, en el septentrión de Estados Unidos. Vive allí 18 años, en un bosque parecido al de Rusia, en las afueras del amistoso pueblo de Cavendish, protector de su intimidad. De 1976 a 1993 trabaja en la *Rueda roja*: seis mil páginas impresas...

En 1978, la Universidad de Harvard lo invita a dar el discurso tradicional del *dies academicus*. Lo que dice escandaliza a Occidente, que lo cataloga, erróneamente, como reaccionario, monárquico, fanático, fundamentalista. Y es que sus críticas, claro, sorprenden y duelen.

En 1984 publica *Octubre 1916*, el segundo “nudo”, en cuatro tomos. En 1987 aparece *Marzo 1917*, también en cuatro tomos. El Senado estadounidense investiga “la influencia nefasta” de Solzhenitsyn y su pretendido “antisemitismo” en *Agosto 14*. En 1989, en la URSS de la Perestroika, por fin ve la luz *Archipiélago Gulag*; al año siguiente, le es devuelta la ciudadanía

soviética. Luego publica *Abril 1917*, cuarto “nudo”, en dos tomos. Entre 1991 y 1993 renuncia a escribir los otros 16 nudos programados; en su lugar, redacta un suplemento sobre esos nudos virtuales y el Diario de la gigantesca novela histórica.

En 1994 regresa a Rusia, a tres años de la desaparición de la URSS. Hasta su muerte en agosto de 2008, escribe, publica, corrige y establece la versión definitiva de todas sus obras. En 2001 y 2002 publica los dos tomos de un trabajo histórico atrevido: *Dos siglos juntos*, la historia de las relaciones entre judíos y rusos desde finales del siglo XVIII —cuando el imperio zarista, al anexarse gran parte de Polonia, incorpora una numerosa población judía—, hasta el final de la era soviética. Provoca nuevamente una enorme polémica: varios críticos recalientan la vieja —y equivocada— acusación de antisemitismo.

Dos meses antes de morir, Alexander Solzhenitsyn ofrece una espléndida entrevista sobre la historia de la composición del *Archipiélago*.<sup>5</sup>

Toda la obra de nuestro autor es “literhistoria”, siempre en lucha contra el poder soviético. Testigo, si bien no llega al martirio que es, según la etimología griega, el testimonio supremo, es equiparable a otro gran inconforme ruso —y ha sufrido más que aquél—: León Tolstoi. Mientras que la confesión de Tolstoi era individual, A.I.S. es un autor plural, como bien lo dijo Georges Nivat en su *Le phénomène Soljénitsyne* (París: Fayard, 2009). Habla por todos, tiene un poder, una delegación de palabra otorgada tanto por los muertos como por los vivos. Su “yo” está presente, pero disgregado entre muchos “ellos”. Consideró que tenía dos tareas en la vida: dar la palabra a los “zek”<sup>6</sup> del Gulag y explicar la revolución rusa y bolchevique (raíz y razón de ser del Gulag). “En este combate contra la mentira, el arte siempre ha vencido”, declaró A.I.S. en su discurso de recepción del Nobel; “la misión del arte”: lo bello, lo verdadero, lo bueno...

El *Archipiélago* es un “ensayo de investigación literaria” y una catedral inmensa que necesitó y se sirvió de todos los recursos de la historia oral y escrita, de la antropología y del periodismo, de todos los géneros literarios, para existir. Su obsesión con la realidad lo hace historiador, pero es el escri-

<sup>5</sup> Sean Crepu y Nicolas Miletitch, *L'histoire secrète de l' Archipel Gulag*. Estrasburgo: Arte, 2008.

<sup>6</sup> Zek: acrónimo; abreviación de “preso en los campos del Gulag”.

tor el que traza su arquitectura, su forma, y le otorga su fuerza, visible desde la genialidad del título. Era imposible relatar esa historia a través de los métodos del historiador clásico: documentos inaccesibles, inexistentes o tramposos; millones de víctimas silenciadas por la muerte; sobrevivientes atemorizados. Hizo entrevistas, juntó milagrosamente toda la información accesible y recurrió al arte para captar y transmitir la realidad apocalíptica que rebasa nuestro pobre entendimiento. Georges Nivat lo califica como el “Homero del Gulag” que cuenta la *Odisea* de los diferentes e innumerables “ríos” de deportados; pero es, también, el Herodoto de la “nación zek” que recorre las islas del inmenso archipiélago.

Cuando salió a la luz la primera edición del libro, traducida al vapor al francés, Piotr Rawicz escribió “Poema y suma del universo totalitario” en *Le Monde* del 21 de junio de 1974. Cito: “Al emprender su combate contra el olvido y las falsificaciones, S. se impuso una tarea gigantesca. Como un constructor de catedrales, pudo haber dirigido un taller, conducir un equipo de discípulos para levantar un monumento a la memoria de millones de mártires. Pero fue como un hombre solo, privado del acceso a los archivos, que tuvo que recoger los testimonios (227 testigos), despertar sus propios recuerdos, ordenar el flujo caótico de los documentos. El alcance del *Archipiélago* rebasa el ‘caso’ de Rusia. En su lucha desigual contra el poder terrenal, usurpador y mistificador, el hombre desarmado no ha tenido en siglos defensor más lúcido, poderoso y legítimo que A.I.S. Tal legitimidad proviene de dos fuentes que ninguno de sus detractores, comprados o ciegos, posee: el sufrimiento vivido y el genio”.

Prosigue Rawicz: “Aunque el *Archipiélago* tenga la estructura de una enciclopedia del presidio soviético (historia de los campos, desarrollo de la carrera de un “zek”, etnografía del Gulag, papel moral del campo, crónica de los levantamientos) y aunque, con sus siete ‘libros’, represente un macizo de escritura totalmente incomparable a sus novelas y cuentos, obedece sin embargo al mismo deseo absoluto de *ver*, de hacer ver y de convocar testigos *reales*”.<sup>7</sup>

Mejor cederle la palabra al propio autor: “El *Archipiélago* es una tierra sin escritura, cuya tradición oral se interrumpe con la muerte de los indígenas”. Escribió en un epígrafe: “Dedicado a todos a quienes la vida les faltó para

<sup>7</sup> Georges Nivat, *Le phénomène Soljénitsyne*. París : Fayard, 2009, p.141.

contar estas cosas. Y que me perdonen por no haberlo visto todo, por no haberlo recordado todo, por no haberlo adivinado todo”.

Desde que Vladímir Vladimírovich Putin es el hombre fuerte de Rusia, la rehabilitación de Stalin es un hecho siniestro, puesto que un poco más del 50 por ciento de los rusos admiran al tirano –de acuerdo con un sondeo de 2009–, pero la sola existencia del *Archipiélago* es y será la condena permanente del totalitarismo.

## LA RUEDA ROJA

“Desde mi adolescencia, me sentí encargado con otra misión: escribir la historia de la revolución rusa, tan deformada, manipulada, ocultada. Y esa historia no es menos importante que la del *Archipiélago*, es su origen incluso. Sin la una, el otro no hubiera existido”, cuenta A.I.S. a Bernard Pívorot en la entrevista para su emisión literaria *Apostrophes* de la televisión francesa.

La entrevista fue realizada en su casa de Cavendish, en noviembre de 1983, y el escritor explica que sintió un primer llamado a los diez años, al leer *Guerra y paz* de Tolstoi, así como un libro sobre la revolución rusa de Shulgin. A los 18 o 20 años escribió el guión detallado de lo que se convertiría, en 1971, en el primer tomo de *La rueda roja y Agosto 14*. ¡Increíble! Tolstoi batalló durante años para encontrar un tema histórico a su medida y dudó entre el golpe de estado revolucionario y fracasado de los “decembristas” (*decabristas*, en ruso), en diciembre de 1825, y la invasión napoleónica de 1812.

Sus cuadernos escolares, escritos entre 1938 y 1939, sobrevivieron de milagro, y A.I.S. los encontró en 1957, a su regreso del Gulag y de la residencia forzada en Kazajstán. En 1965 ya tiene el título, el plano general y el método de los “nudos”: la concentración de la narración en unos días, en unas horas. En una discusión en el “Primer círculo”, con sus compañeros, presidiarios y científicos, había dicho 20 años antes que “el género mismo de la novela histórica no es viable”; ahora el físico-matemático recurre a la novela histórica para resucitar la Rusia de 1914 a 1924 (tal era el proyecto inicial), pero mediante su propio método:

En la curva de la historia –curva en el sentido matemático– hay puntos críticos llamados puntos nodales en las matemáticas, y allí están estos nudos, los tomo

y los condenso mucho, es decir, tomo diez días, veinte días de un relato continuo [...] y presento estos días de manera muy densa, detallada; luego, entre los nudos, hay una ruptura, hasta el próximo nudo [...] Necesito una disciplina matemática para seguir ese desarrollo, es la única manera de retrazar la acción.

El método de los nudos indica que Solzhenitsyn no es novelesco en la medida en que no arma una intriga, sino que ensambla relatos:

He llegado últimamente a la convicción de que la literatura no puede nunca describir el espacio entero del universo, nunca abrazarlo todo [...] Pero existe una propiedad. Usaré una comparación sacada de las matemáticas. Me parece que toda obra puede convertirse en un haz de planos. Se llama así en matemáticas al conjunto de planos que pasan por un punto dado. Escojo un punto en el espacio, cada autor lo escoge en función de su experiencia, de sus tendencias. Pero por cada uno de estos puntos puede pasar una infinidad de planos que atraviesa el espacio universal en todas las direcciones. Bueno, una obra tiene la posibilidad de volverse un haz de planos...<sup>8</sup>

Tal estructura contiene a la escritura de A.I.S. y a su método de trabajo, desde el momento de la investigación hasta la última corrección de las galeras, como se puede VER en la entrevista de Bernard Pívoit, con su composición y manejo de fichas en el mejor estilo del historiador y del científico.

En su *Rueda roja* pretende contar “la historia verdadera de la revolución”. Inicialmente pensaba en catorce, hasta veinte, pero en 1991 se detuvo en el segundo tomo del cuarto nudo, *Abril 17*. Los tres primeros van de 1914 a 1917: la revolución rusa; el cuarto representa “el pueblo en el poder”. En estado virtual se quedaron los nudos cinco, seis y siete, dedicados a mayo de 1917. Bajo el título de “El hacha”, se cuentan tres nudos correspondientes al verano de 1917. Y hay cinco nudos más, de octubre de 1917 a septiembre de 1919: el golpe de Estado bolchevique y el principio de la

<sup>8</sup> Actas estenográficas de la sesión del 16 de noviembre de 1966 del Círculo de Prosistas de la sección moscovita de la unión de Escritores de la URSS, en *Cahier de l'Herne*, número dedicado a Solzhenitsyn (París, 1971: 256).

guerra civil; de noviembre 1918 a enero de 1920: “los nuestros contra los nuestros. El quinto acto de la tragedia, “Vías erradas”, termina con el gran levantamiento campesino de Tambov y su feroz represión en 1922. Además de cinco epílogos: 1928, 1931, 1937, 1941 y 1945.

Antes de examinar esa epopeya inacabada de más de seis mil y tantas páginas, una pregunta: ¿cuál es la relación, el punto común entre la *Rueda* y el *Archipiélago*? La obsesión balzaciana por la realidad, las realidades, obviamente, por más diferente que sea el método de trabajo y la escritura. El *Archipiélago* no se hizo con documentos porque no existían o estos mentían. Por eso el escritor tenía tanta prisa, a sus 46 años, para entrevistar a los sobrevivientes. Para la *Rueda roja* tuvo acceso, en Estados Unidos, a cerros de material clásicamente histórico, a las geniales bibliotecas abiertas todo el año, día y noche, a sus archivos colosales, al servicio de un personal entregado, al préstamo interbibliotecario y las facilidades del microfilm y de la fotocopia. Además, lanzó un llamado a los emigrados rusos y gracias a ellos juntó cientos de manuscritos, correspondencia y fotografías, desde Buenos Aires hasta Kharbin (China). Si para el *Archipiélago* faltaba documentación, el material sobró para la *Rueda roja*. Para el primero, recurrió a la historia oral; para la segunda, apeló a todo lo escrito y publicado sobre el tema. Esto implicaba, si bien la misma estrategia, una táctica diferente. En ambas obras, la prisa no soltó nunca a A.I.S., quien pasó años, en su taller de Cavendish, en el inmenso trabajo preparatorio, ayudado por su esposa Natalia, sus hijos y algunos amigos, pero también en las universidades de Harvard, Yale y Stanford, en donde se encuentran los archivos de la fundación Hoover, indispensables para la historia de Rusia y de la URSS. Puedo asegurar que A.I.S. leyó todo lo que yo mismo leí para mi *Rusia y sus imperios*, y más aún; leyó también copiosamente sobre la Revolución Francesa, según cuenta a Bernard Pívor. Si conoció a los historiadores extranjeros, parece haber desconfiado de ellos; lo que se puede entender.

¿Por qué suspende la obra en el segundo tomo del cuarto nudo, *Abril 17*? En 1993, cuando tira la toalla, aún le quedaban 15 años de una vida muy activa y productiva, pero parece haberse sentido atrapado en un callejón sin salida, o, si así se prefiere, perdido en el profundo bosque ruso: “No puedo decir cuando, donde, como y por qué mi amada Rusia se salió del buen camino”, ha de haber pensado. Por eso Georges Nivat le coloca el título “Un

fracaso genial” a uno de los capítulos de su generoso libro,<sup>9</sup> y se pregunta si A.I.S. es profeta o novelista, historiador o poeta, para contestar que estas naturalezas son inseparables en nuestro hombre. En el *Archipiélago*, el profeta y el poeta transmutan la historia; en *La rueda roja*, la historia lo invade todo bajo la forma del relato, aun cuando el escritor introduce alguna “ficción verídica”, como su querido personaje, testigo y actor, el coronel Jorge Vorotyntsev. Hay cientos de personajes, tanto reales como ficticios, en los que A.I.S. se encarna y en los que se identifica, abrazando su visión; él es el desgraciado general Samsonov, quien se suicida en el bosque de Prusia oriental; pero él también es Lenin en Zúrich, así como el zar Nicolas II y Alexander Kerenski. Va tan lejos en esa identificación en los/sus personajes –los hace suyos, pues– que deja de ser el juez que había ideado esa epopeya para volverse el portavoz de todas las numerosas partes de la obra. Mijaíl Bajtin, a propósito de las novelas de Dostoievski, habla de “polifonía”; *La rueda roja* es, así, un relato polifónico que le hace justicia a todos, comenzando por Lenin.

En su *Lenin en Zúrich* (1975), copo caído del árbol frondoso que es la *Rueda*, A.I.S. logra un retrato en profundidad del líder bolchevique. Para mí, se trata del mejor retrato, y su autor es el verdadero historiador de Vladímir Ilich Uliánov, luego devenido Lenin. Dice Alain Besançon: “Sobre la esencia del leninismo, del régimen leninista, es como novelista, con el ojo del gran cirujano o del gran capitán, que Solzhenitsyn, antes que todos los historiadores, politólogos y otros sociólogos, señaló el germen organizador, la célula madre, el foco tumoral: la ideología. Fue, en 1974, una ruptura intelectual de un alcance extraordinario, y toda su obra literaria está iluminada por tal intuición”.<sup>10</sup>

Pero volvamos a *Agosto 14*, en su segunda versión en dos tomos, que crece de 450 a 908 páginas. Da inicio con un cuadro social y económico de Rusia a principios del siglo xx que deja al historiador lívido de envidia, pero la innovación mayúscula del segundo tomo, y que lo ocupa casi en su integridad, es lo que Nivat llama el “*flashback* más largo de la historia literaria occidental”. El primer tomo, que corresponde más o menos a la publicación de 1971, cuenta los sufrimientos de la Rusia campesina y cristiana, trillada y molida por la guerra, mientras que el segundo narra la marcha al

<sup>9</sup> *Le phénomène Soljénitsyne*. París: Fayard, 2009, pp.305-362.

<sup>10</sup> Alain Besançon, “Taine et Soljénitsyne”, en *Commentaire*, número 98, verano de 2002, p.397.

abismo de toda la sociedad rusa entre 1899 y 1914, con el “nudo” –el prisma de un día– atado el primero de septiembre de 1911, día en el que, en el Gran Teatro de Kiev, un joven anarquista y agente doble, Boris Gromov, asesina el primer ministro Piotr Stolypin, en presencia del zar. Minuto por minuto y de manera prodigiosa, A.I.S. reconstruye el atentado, el descuido y/o la responsabilidad de la policía, la psicología del asesino, la soledad de Stolypin (“nuestro Bonaparte”, como lo nombró Lenin: si dura en el poder y termina su empresa, no habrá revolución en Rusia); la indiferencia, la inconsciencia de Nicolas II, que no vierte ni una lágrima sobre su fiel servidor. Stolypin es el héroe del libro, la antítesis del zar; en un interminable monólogo, deja ver su falta de seguridad, de visión, de proyecto: su formalismo y mezquindad.

En este capítulo, “Estudio de un monarca”, retacado de hechos y alusiones, aparece toda la técnica histórica del autor. Necesita una enorme suma de información, datos de todo tipo, incluso visuales (las calles, las plazas, el teatro en sí), para así profundizar en los retratos de Lenin, Stolypin y la familia imperial. En el caso de la zarina, A.I.S. busca la justicia que tanto le faltó a Alejandra dos veces calumniada, acusada como emperatriz, por sus orígenes alemanes, de ser el agente del enemigo; como mujer, de ser la amante de Grigori Rasputin. Antes de su asesinato, ordenado por el poder bolchevique, junto con toda su familia y sus servidores, en julio de 1918 en la casona Ipatiev en Yekaterinemburgo, ella fue víctima de estas calumnias sin fundamento. Dominando a fondo toda la documentación y utilizando con maestría la correspondencia íntima entre ella y su esposo el zar, Solzhenitsyn nos la enseña desde múltiples ángulos y puntos de vista. Todo el capítulo 64 de *Noviembre 16* es un asombroso monólogo interior.

Aquí el historiador positivista hará una mueca: estos monólogos no son más verosímiles que los discursos que Tucídides atribuye a Pericles y demás, que los monólogos de Shakespeare... ¿Y qué? Son ficticios, pero no son arbitrarios.

El otro recurso empleado por el novelista, como si temiera la acusación de inventar la historia, es el *collage* con base en documentos variopintos como artículos de periódicos, entrevistas, manifiestos, actas del Congreso, debates parlamentarios y demás. Es probable que se haya inspirado en John

Dos Passos, cuyas obras a partir de *Manhattan Transfer* fueron traducidas en la URSS. Los *collages* acompañan al relato en forma de montaje acelerado, puesto en evidencia por diversos procedimientos tipográficos: tamaño de los tipos usados, cursivas, letras realzadas, cornisas. Dichos, proverbios y refranes separan los párrafos; o bien, coplas y versos. Y la poesía se manifiesta de repente con los paisajes, la alegría, la fraternidad, la felicidad erótica.

Es difícil hablar de su estilo, de su propia lengua o voz, porque si bien lo he leído en ruso –con varios diccionarios a la mano–, es tan extenso y rico su vocabulario que rebasa mi comprensión de tan soberbio idioma. Le cedo la palabra a sus admirables traductores al francés, quienes eran de su total confianza.

Geneviève y José Johannet trabajaron más de veinte años con él y para él: “Nos dijo que su prosa tenía que ser muy apretada, que había que cortar las curvas. Dijo: ‘Ustedes escriban una frase y luego quítenle palabras esenciales, el verbo’. Si alguien nos recuerda un poco a Solzhenitsyn, ése es Tácito, con su facultad para concentrar en unas pocas palabras todo un mundo de sentimientos y de acontecimientos”.

Vale la pena escuchar su propio comentario:

La idea maestra de la *Rueda roja* es hacernos pasar a través de la revolución rusa. Se acordarán de la demostración de la libertad humana en Bergson. Uno es libre pero no puede evitarlo. Es lo mismo. No podía no ocurrir, toda la historia de Rusia iba por ese camino. En cuanto al zar Nicolás, es el rey Lear. De una grandeza extraordinaria. La abdicación es para él una liberación. Todas las profundidades de la vida espiritual se le ofrecen de repente.<sup>11</sup>

De hecho, el mediocre monarca de *Agosto 14* se transfigura en los “nudos” ulteriores y el lector queda admirado frente a la capacidad de A.I.S. para hacerle justicia a todos: a Nicolás y a Alejandra, a Boris Gromov y a Stolypin, a Lenin y a Stalin. A este último no lo ajusticia en la *Rueda*, sino en los cuatro capítulos que le son consagrados en *El primer círculo*: otro monólogo prodigioso.

Una vez que el autor ha presentado todas las tesis contradictorias, el lector tiene la tentación de pensar que A.I.S. no tiene tesis propia en sus

<sup>11</sup> Geneviève et José Johannet, entrevistados por *Le nouvel Observateur*, 22/28 de enero de 1998.

enjuiciamientos. Es un hecho, sin embargo, que la tiene, pero como sucede con Dostoievski en *Los demonios* o en *Los hermanos Karamazov*, en donde arma un diálogo de tesis, una polifonía de diálogos. Al final, deja de preguntarse y de preguntarnos cuál es la causa del desastre, quién es el culpable, para entonces buscar cómo ocurrió y, en una historia regresiva como le gustaba al gran Marc Bloch, cuándo empezó el proceso.

A diferencia de la mayoría de nosotros los historiadores, A.I.S. consigue escapar a la ilusión de la fatalidad, del destino, a la ilusión que ciega al que conoce el desenlace de la historia. El novelista –tanto Tolstoi como Solzhenitsyn– restituye el pasado como *presente* real; es decir, desconoce el futuro. El novelista se nutre del fracaso del historiador, quien no acaba nunca de remontar el rosario de “causas”; y ya hace mucho tiempo que Sextus Empiricus demostró la vanidad del concepto mismo de “causa”...

Así que *fracaso*, sí, pero el suyo fue un fracaso *genial*. Y nos quedamos, en suspenso, en el quiebre de un relato que no termina. A la muerte de Alexander Isaievich, Nivat escribió:

Eso no le quita nada a la inmensidad novelesca de un texto tan innovador, rico en miradas que se cruzan e interpenetran, de pausas poéticas diurnas y nocturnas, de diálogos del hombre con el cosmos y su propia sinrazón. *La rueda roja* sigue siendo una veta inexplorada. La inmensidad de su respiración desafía las capacidades del lector contemporáneo, y quizás el libro ha sido escrito para un lector en vías de extinción. Eso no le resta nada a la empresa. Y el “fracaso” rayado de melancolía del investigador que no encontró la verdad, este fracaso es más bien un elemento de belleza. No, no sabremos exactamente cuándo, dónde, cómo Rusia, *su* Rusia, se hundió en la sinrazón, para lanzarse finalmente en una guerra civil contra sí misma y que podía serle fatal, y de la cual todavía no se repone en este albor del siglo XXI.<sup>12</sup>

En 1968, en la fiesta de la Trinidad, A.I.S. apuntó: “Ellos han muerto, tú estás vivo, cumple con tu deber, para que el mundo aprenda *todo esto*”.

Cumplió.

<sup>12</sup> Georges Nivat, “Soljénitsyne, le lutteur est parti, l’ écrivain reste”, en *Esprit*, diciembre de 2008: 184.

## BIBLIOGRAFÍA

- Elena Balzamo, *Soljénitsyne aux origines de la Russie contemporaine*. París: Editions de Paris, 2002.
- Ronald Berman (ed.), *Solzhenitsyn at Harvard*. Washington D.C.: Ethics and Public Policy Center, 1980.
- Cahier de l' Herne*, "L'affaire Soljénitsyne. Les documents officiels sur son exclusion de l' Union des Ecrivains soviétiques en 1969". París: 1995.
- Olivier Clément, *L'esprit de Soljénitsyne*. París: Seuil, 1974.
- Sean Crepu y Nicolas Miletitch, *L'histoire secrète de l'Archipel Goulag, dernière interview à Soljénitsyne deux mois avant sa mort*. Estrasburgo: Arte télévision, 2008.
- Emil Kogan, *Du bon usage de Soljénitsyne*. París: Nadeau, 1983.
- Claude Lefort, *Un homme en trop. Réflexions sur l' Archipel du Goulag*. París: Seuil, 1976.
- Georges Nivat, *Le phénomène Soljénitsyne*. París: Fayard, 2009.
- Joseph Pearce, *Solzhenitsyn, un alma en el exilio*. Madrid: Ciudadela Libros, 2007.
- Bernard Pívo, entrevista a A.I.S. para su emisión literaria televisiva *Apostrophes*. París: 1983; París: Gallimard-Ina, 2008; cinco DVDs.
- David Remnick, *Resurrection: The Struggle for a New Russia*. Londres y Nueva York: Picador, 1998.
- Ludmila Saraskina, *Aleksander Solzhenitsyn*. Moscú: serie *Vida de Hombres Ilustres*, 2008; en ruso.
- Michael Scammel, *Solzhenitsyn. A Biography*. Nueva York: Norton, 1984.
- (ed.), *The Solzhenitsyn Files. Secret Soviet Documents Reveal One Man's Fight Against the Monolith*. Carol Stream, Illinois: Edition Q, 1995.
- P.Aleksandr Schmeman, *Dnevnik 1973-1983*. Moscú: 2005; en ruso.
- Alexander Sokurov, *Documental sobre A.I.S.* 1998; película en ruso.
- D.M. Thomas, *Alexander Solzhenitsyn. A Century in His Life*. Nueva York: Saint Martin's Press, 1998.

## UNA NOTA

A Alexander Isaievich Solzhenitsyn lo leo en ruso, ayudado de traducciones, principalmente al francés, porque fueron trabajadas de manera conjunta por los esposos Johanne y el autor, pero también al inglés y al español. La más amplia bibliografía de sus obras es, a la fecha, *Aleksandr Isaevich Solzhenitsyn, Materialy k bibliografii* (San Petersburgo, 2007). 